

preparada para una invasión tan formidable, y llegó hasta sentir de pronto la escasez de víveres. El emir, sin embargo, reunió tan pronto como pudo sus fuerzas guerreras, detuvo á un número determinado de cristianos que se hallaban en su territorio, y les amenazó con la muerte si los franceses avanzaban contra su capital. Además le animó á la defensa heroica el intrépido Bibars por medio de cartas; le prometió socorros, é hizo en efecto preparativos de avanzar con un ejército de tierra, desde Egipto hasta Túnez. Pero la mejor defensa para los atacados resultó ser la conducta poco acertada de Luis, el cual, como en otra ocasión á orillas del Nilo, no supo en Cartago hallar la hora favorable para alcanzar la victoria. Tal vez imbuido de la idea de que no hacían falta las luchas sangrientas para convertir al enemigo musulmán en amigo cristiano, y resuelto á no emprender nada de importancia antes de que llegara al campamento el rey Carlos con el ejército siciliano, renunció Luis completamente á vencer á los tunecios en repentinos ataques, y se contentó con fortificar su campamento, dando así lugar al príncipe de Túnez para prepararse á la resistencia mas enérgica. El único resultado que alcanzaron los cruzados en tales circunstancias fué la conquista del llamado castillo de Cartago. Los genoveses, que para este hecho de armas habían obtenido permiso y autorización, tomaron por asalto el 23 de julio la plaza situada sobre el suelo clásico. Pero después los cruzados se limitaron á rechazar los ataques de los musulmanes sobre el campamento cristiano, ataques que realizaron de día en día, y cada vez con mas atrevimiento. Se dejaron también engañar de la manera mas cándida, á consecuencia de las preocupaciones con que, el rey y una parte de sus compañeros, habían empezado la campaña. En efecto, cuando un día llegaron á los centinelas tres nobles mahometanos y pidieron hacerse cristianos, los hicieron prisioneros, pero dieron entero crédito á sus palabras. Inmediatamente después se presentaron unos ciento que pidieron también el bautismo, y mientras negociaban con ellos, cayó sobre los cristianos una multitud de enemigos y dieron muerte á unos sesenta antes de ser rechazados. Los tres prisioneros, que fueron interrogados acerca de la sorpresa, declararon que seguramente había procedido de sus enemigos; pero que si les daban libertad volverían al día siguiente con mas de 2,000 de sus correligionarios y muchas provisiones. Inmediatamente les dieron libertad, y naturalmente no los volvieron á ver.

No había mucho tiempo que el ejército de los cruzados ocupaba el campamento delante de Cartago, cuando se levantó contra ellos un enemigo mas formidable que todo el poder y toda la astucia de los musulmanes. El sol abrasador de Africa causó en ellos graves enfermedades que, en poco tiempo, produjeron horribles estragos. El 3 de agosto murió el hijo segundo de Luis, Juan Tristan, cuyo breve vida había empezado á orillas del Nilo en una hora de calamidad y terminaba entonces en suelo africano en parecidas circunstancias. Pocos días después murió el obispo Rodolfo de Albano, que había acompañado al ejército de los peregrinos en calidad de legado apostólico, y finalmente cayó enfermo el mismo rey Luis. Lo escaso de las fuerzas corporales que le quedaban hizo desde luego prever un funesto término de la enfermedad, y hasta el mismo Luis sintió que su fin se acercaba. Fiel á su deber y piadoso como era, se cuidó mientras pudo de los cruzados; compuso con mano trémula aquella famosa instrucción para su hijo Felipe, sucesor al trono; se entregó por último á fervorosas oraciones, y murió tranquilo y conforme el 25 de agosto de 1270. El 11 de agosto de 1287 fué canonizado el noble finado por el papa Bonifacio VIII.

La muerte de este hombre fué bastante para cambiar radi-

calmente el carácter de la cruzada. El heredero del trono de Francia, Felipe III, llamado «el atrevido», no tenía los sentimientos entusiastas de su padre por la cruzada. Precisamente á la hora de la muerte de S. Luis llegó al campamento de los peregrinos con sus buques y tropas el no menos enérgico y prudente rey Carlos de Sicilia, y por aquella razón no pudo la cruzada proseguir otros fines mas que los políticos y militares.

En tales circunstancias los cristianos no podían por el pronto pensar mas que en rechazar las fuerzas de los musulmanes; pues estos se hicieron cada vez mas osados en sus ataques contra el campamento de los cruzados desde la muerte del rey Luis. Los reyes, Carlos de Sicilia, Felipe de Francia y Tibaldo de Navarra aceptaron la lucha donde se les ofrecía, rechazaron por el pronto á sus enemigos en varios combates librados en las inmediaciones del campamento, ocuparon después el lago de Túnez con una parte de su escuadra, y arrojaron por fin al enemigo de las inmediaciones de su capital. Ya tenían, por decirlo así, el fundamento para un tratado de paz; pues ni Carlos ni Felipe tenían ganas de sitiar á Túnez, porque de tomarla la fuerza que la había de guarnecer sería muy costosa. Pero el emir había sabido con dolor cuál era la fuerza de los franceses y sicilianos y estaba dispuesto á renovar sin reserva las relaciones humildes que antes había sostenido con los príncipes de Suabia. La masa del ejército cristiano pidió sin embargo á grandes voces que se diese el asalto, es decir, que Túnez fuese saqueada; pero los príncipes se entendieron según les dictó su utilidad y llegaron á celebrar el siguiente contrato el 30 de octubre (1). Los súbditos de los príncipes que concluyen la paz, pueden moverse con entera libertad y seguridad por los países de ambas partes, principalmente, en lo que se refiere al comercio. No se prohibirá á los sacerdotes cristianos en el territorio de Túnez construir iglesias, hacer cementerios y allí en alta voz rezar ó predicar como en su patria. Ninguno de los príncipes tolerará en su país súbditos rebeldes de las partes contratantes. Los prisioneros serán puestos en libertad por ambas partes sin previo rescate. Los reyes cristianos evacuarán inmediatamente el territorio de Túnez. El emir les pagará por los gastos causados en la guerra, en tres veces, la cantidad de 210,000 onzas de oro (unos 10,000,000 de pesetas), y satisfará además á la corona de Sicilia el antiguo tributo en doble cantidad, y finalmente el tributo atrasado de cinco años.

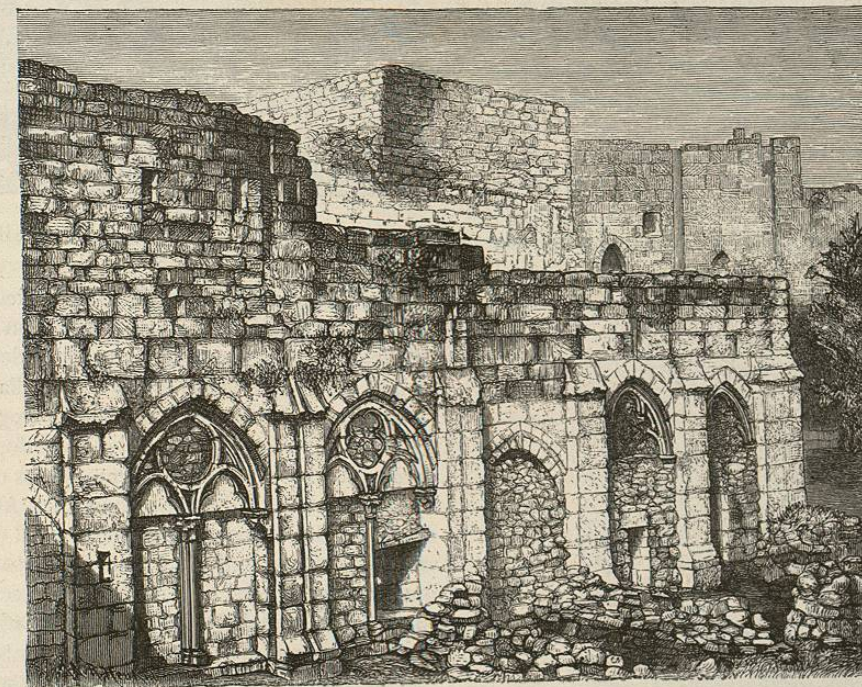
Con este tratado se consiguió lo que en general fué siempre posible de alcanzar. Se dedicó por decirlo así un monumento á la memoria del rey Luis, obteniéndose permiso para celebrar en él el culto cristiano; por lo demás, los príncipes de los cruzados tuvieron gran cuidado en ganar la mayor cantidad posible de dinero y arrancar á los partidarios de la casa de Suabia su mejor punto de apoyo en el remoto Sur.

En el transcurso del mes de noviembre abandonaron los franceses é italianos la costa africana y volvieron á Sicilia. Después se les unieron el príncipe Eduardo de Inglaterra y sus compatriotas que acababan de llegar de Cartago; mientras que la escuadra de los frisones, que había contribuido valerosamente á las últimas luchas contra el emir de Túnez, marchó directamente con rumbo á Siria. Desde Sicilia había de continuarse la cruzada de los reyes y príncipes; pero como su escuadra fué sorprendida por una horrorosa tempestad, y destruida en gran parte; como además el rey Felipe deseaba

(1) Acerca de la conclusion del tratado hay noticias y documentos ya del 30 de octubre, ya del 21 de noviembre. Por lo tanto, se hizo: *dans deux actes successifs, analogues au fond et quant aux stipulations générales, mais différentes dans l'expression et assez éloignées par la date.* Véase Wallon: S. Luis y su tiempo, II, 542.

volver á su reino y la mayor parte de los peregrinos se hallaba cansada y medio destrozada por las enfermedades, (todavía murieron entonces, casi uno tras otro, Tibaldo de Navarra y el conde Alfonso de Poitiers, hermano de Luis IX), tomaron la resolución de renunciar por el pronto á la empresa y reunirse tres años después para llevarla á cabo. Tan solo los ingleses que no habían sufrido tanto hasta entonces, no se conformaron, pasaron el invierno en Sicilia y se dirigieron á la Siria en la primavera de 1271, acompañados de algunos barones franceses.

Después de la toma de Antioquía no molestó por algun tiempo á los cristianos de Siria el sultan Bibars; porque su atención se fijó, por los años 1269 y 1270, principalmente sobre las planes y hechos de los mogoles y sobre los cruzados de Occidente. En el Iran y en los territorios fronterizos de Mesopotamia y Asia Menor reinaba entonces un hijo de Hulagu, el khan Abaga, el cual, en relaciones amistosas con los armenios y cristianos de Europa amenazaba nueva-



Trozo de muralla del castillo hospitalario de Krak

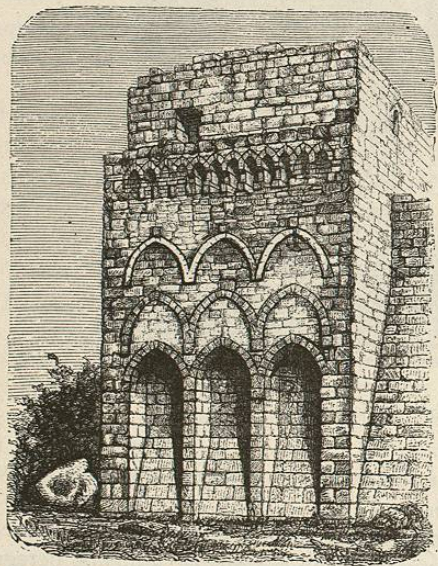
mente á la Siria. Pero el poder de los mogoles no era tan formidable como algunos años antes, porque su inmenso imperio se había dividido en varios Estados, y Berekeh, khan de Kiptschak (Norte de Persia), vivía en enemistad con Abaga. Bibars hizo por esto alianza con Berekeh, asegurando de este modo su posición contra el furor de los mogoles del Iran; por otra parte la muerte de Luis IX y el regreso de los reyes de Francia, Sicilia y Navarra á sus Estados, le libraron del miedo á los cruzados. Pero apenas conoció que tenía otra vez libres las manos para la lucha contra los cristianos de la Siria, cayó con nuevo empuje sobre sus posesiones. A principios del año 1271 se presentó con grandes fuerzas delante del gran castillo de los hospitalarios, es decir, en Krak, situado en el país interior de Trípoli (1); lo tomó después de breve sitio; se dirigió luego contra los castillos de Boemundo VI, no muy distantes; los tomó también, entre otros principalmente el de Akkar; puso sitio á Montfort, castillo principal de los caballeros de la orden teutónica situado en las cercanías de Acre, y se apoderó de él el 12 de junio. Al mismo tiempo apostrofando á sus adversarios después de cada ataque, les infirió tales escarnios y pronunció contra ellos tales profecías sobre su próxima ruina, que indujo á los hospitalarios, á los templarios y á Boemundo VI de Trí-

poli á que le compraran una suspensión de armas con grandes sacrificios.

Los desgraciados cristianos habían recibido entre tanto algunos refuerzos, con el resto de aquellos peregrinos frisones, de los cuales pereció un gran número en el camino, y con el príncipe Eduardo que llegó á la costa de Siria con un pequeño ejército. Poco después llegó también á Acre el príncipe Edmundo, hermano de Eduardo. Pero aun con estos refuerzos eran todavía muy débiles para atreverse á dar un ataque contra Bibars, tanto mas, cuanto que aquel armisticio, en el que no estaban comprendidas la ciudad de Acre y sus límites, condenaba á la inactividad á la mitad de sus fuerzas guerreras. El sultan se vió pues en la agradable perspectiva de poder proceder sin cuidado alguno de una empresa atrevida á otra. Sin embargo, no dirigió todavía sus armas contra el asiento principal del poder enemigo, es decir, contra Acre, sino contra Chipre, con cuya sumisión esperaba ganar una posición dominante, por decirlo así, á espaldas de los cristianos de Siria. Con el mayor celo se esforzó en armar una fuerte escuadra de guerra que hasta entonces no había tenido, y en efecto, logró enviar una contra Chipre el año 1271. Pero en aquella ocasión no le salieron bien las cosas; pues los buques se deshicieron entre los escollos á la vista de la costa enemiga, siendo presa, unos de las furias de la mar y otros de los cristianos. A esto hay que añadir que los cristianos, en medio de su estrechez, habían podido socorrer al khan Abaga, cuyas hordas salvajes inundaron la Siria del Norte haciendo horribles devastaciones. Bibars salió

(1) Este Krak, *le Crac des chevaliers* no debe confundirse con aquella gran fortaleza de Krak situada en el país de los moabitas, que jugó un papel muy importante, principalmente en tiempo de Saladino. *Le Crac des chevaliers* se llamaba también con frecuencia castillo de los kurdos por la guarnición kurda que hubo en él un tiempo.

en seguida al encuentro de los mogoles, los expulsó pronto de su imperio, y los cruzados que, entre tanto, habían podido emprender algunas pequeñas correrías á los territorios de los musulmanes, se vieron nuevamente amenazados por todas las fuerzas del sultan. En aquella ocasion les ayudó el rey Carlos de Sicilia, induciendo á Bibars á que concediese nuevamente á la ciudad de Acre y lugares limítrofes un armisticio de diez años, diez meses y diez dias, el cual se estipuló en 22 de abril de 1272. En este convenio no se habló expresamente de los príncipes ingleses. El menor de ellos, Edmundo, regresó inmediatamente despues á su patria; pero el mayor, Eduardo, se quedó todavía algun tiempo en Siria, y por eso Bibars no tuvo escrúpulo en comprar asesinos que diesen muerte á su adversario. El 16 de junio de 1272 fué sorprendido el príncipe por un asesino, que se había captado su confianza; logró defenderse contra el golpe de muerte que aquel le dirigiera y aun dar muerte al agresor, pero recibió tambien una herida grave, para cuya curacion necesitó largo tiempo, y despues salió de Tierra Santa, encaminándose á Inglaterra á encargarse del gobierno del reino de su padre.



Trozo de muralla del castillo hospitalario de Krak

En los años siguientes observó el sultan con escrupulosidad el armisticio concedido á los cristianos, tal vez no por haber empeñado su palabra, sino por no dar lugar á nuevas cruzadas y acabar al mismo tiempo de arreglar las cuentas á los mogoles, mas radicalmente de lo que hasta entonces había hecho. Sin embargo, aprovechó la ocasion favorable para ganar aun durante la paz algunas ventajas sobre los cristianos. En efecto, cuando en marzo de 1275, murió Boemundo VI, dejando por sucesor en el trono á Boemundo VII, de menor edad, y un gobierno de tutoria que se encargase de los negocios en Tripoli, este gobierno pidió á Bibars que le reconociese y protegiese, y entonces Bibars suscitó una serie de pretensiones y logró que á lo menos le pagase un tributo anual de 20,000 piezas de oro y diera la libertad á 20 musulmanes prisioneros. Despues empleó el sultan toda la sagacidad de su espíritu y todas las fuerzas de sus pueblos para oprimir á los mogoles. Con el khan de Kiptschak estuvo siempre en buenas relaciones, mientras que el khan de Persia y el rey de Armenia se unieron contra él y procuraron suscitar los ánimos de los cristianos de Occidente en favor de su causa. En los territorios fronterizos de Siria y Mesopotamia, de la parte superior del Éufrates, causó la guerra grandes

estrágos. El sultan logró dar allí mas de un golpe atrevido y los armenios tuvieron tanto que sufrir, que sus mejores ciudades fueron saqueadas é incendiadas. En la primavera

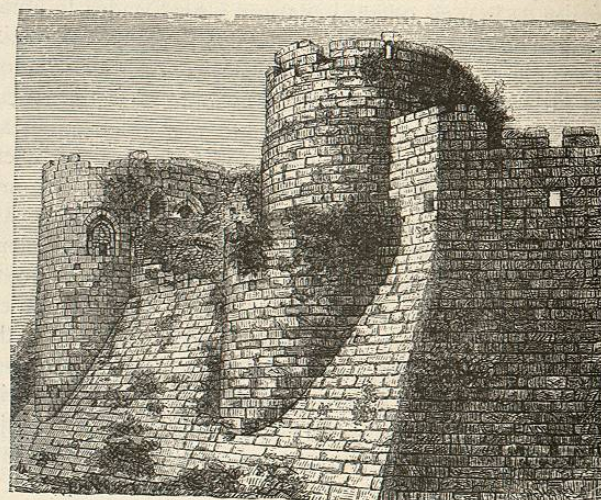


Trozo de muralla del castillo hospitalario de Krak

de 1277 emprendió Bibars un ataque decisivo contra los territorios orientales del Asia Menor, con el cual, á pesar de no alcanzar ningun resultado duradero, debilitó sensiblemente la dominacion de los mogoles en aquella region.

El gran sultan de los mamelucos llegó así al apogeo de su gloria. El islamismo se había elevado, por sus esfuerzos á una respetable situacion enfrente de los cristianos y mogoles. Combatió tambien en Siria contra los Asesinos, cuyo poder en Persia había sido destruido por el khan Hulagu, y les arrancó su independencia hasta el punto de hacerles dóciles instrumentos de las órdenes de destruccion que les dictaba su voluntad brutal. Desde el Egipto llevó tambien su espada victoriosa hasta las montañas de la Nubia, y aunque su gobierno severo pesó gravemente sobre sus súbditos, todavía su esplendor y su fuerza le aseguraron famoso renombre en el mundo oriental, preparando de este modo los caminos por los cuales pudieron los musulmanes llegar otra vez á la dominacion absoluta de los países del Asia anterior.

El 19 de junio de 1277 murió Bibars en Damasco despues de una breve enfermedad, sin que se sepa hasta la fecha si fué á consecuencia de una fiebre ó de una bebida envenenada que confundiera con otra inofensiva, ó que le fuera suministrada intencionadamente.



Trozo de muralla del castillo hospitalario de Krak

En los últimos tiempos de este sultan, estuvo amenazado el islamismo nuevamente por un levantamiento general de la

cristiandad. En setiembre de 1271, eligieron los cardenales, despues de tres años de «sede vacante,» para Pontífice de la Iglesia á Tebaldo, de la noble familia de los Visconti, prelado piadoso y entusiasta por la guerra santa. Gregorio X, que así se llamó el nuevo Papa, se hallaba como peregrino en Tierra Santa cuando le llegó la noticia de su eleccion, y se despidió de los cristianos pronunciando una oracion, en la cual se aplicó las palabras del salmista: «Si te olvido ¡oh Jerusalem! olvidaré mi diestra, y mi lengua se pegará á mi paladar si yo no me acordare de tí y si Jerusalem no es mi mayor alegría.» De regreso á Europa, exhortó á los reyes y pueblos de la cristiandad á una nueva cruzada, y reunió en Lyon un concilio general (de mayo á julio de 1274), en el cual, además de los asuntos puramente occidentales, se trató de la reunion de la Iglesia griega con la romana y de la guerra contra Bibars. Pero los esfuerzos del Papa dieron pocos resultados. El concilio fué en verdad uno de los congresos mas brillantes de la Edad media, pues al lado de los preladados, príncipes y enviados de la cristiandad romana, se hallaron presentes los embajadores del emperador griego, los del rey de Armenia y los del khan de los mogoles del Iran; pero ni el asunto de la union de las Iglesias, ni el de la guerra santa adelantaron gran cosa. Con relacion á lo segundo, hubo esperanzas, porque los embajadores mogoles pidieron el bautismo. Se resolvió tambien, que por espacio de seis años se había de dar la décima parte de las rentas eclesiásticas, como contribucion de cruzada; y esto fué todo lo que se alcanzó. No se desanimó por esto el Papa; antes bien exhortó sin cesar despues del concilio á que todos tomaran la cruz (1); y en efecto, vió con grande alegría que poco á poco tomaron la cruz, ó se obligaron al cumplimiento definitivo del voto de peregrinacion hecho anteriormente, los reyes Rodolfo de Habsburgo, Felipe de Francia, Eduardo de Inglaterra y Jaime de Aragon, los duques de Lorena y Baviera, y en una palabra, los príncipes y magnates de media Europa; pero ninguno de estos señores, ocupados con los cuidados de la patria, realizó la expedicion á Oriente, y la aversion que desde largo tiempo existia en las masas del pueblo contra la guerra santa, se aumentó mas y mas por la abrumadora contribucion de cruzada que impuso el concilio de Lyon. El 10 de enero de 1276 murió Gregorio X. En los años inmediatos se sucedieron con pequeños intervalos varios papas que, durante sus breves gobiernos, no pudieron continuar la obra de su predecesor. Despues estallaron las Visperas Sicilianas, que ocasionaron entre los Anjou de Nápoles y los aragoneses, herederos de la casa de Suabia, la larga guerra que importaba mas á la curia romana que la liberacion de Jerusalem. Por eso quedó la Tierra Santa sin socorros ni fuerzas, á merced de sus poderosos enemigos.

Esta falta de actividad de los cristianos de Occidente fué para los musulmanes de gran valor por mas de un concepto, pues despues de la muerte del sultan Bibars, vinieron años difíciles para el imperio del islamismo. El hijo del difunto Almelik Assaid, jóven de 19 años, llegó á ocupar el trono sin grandes dificultades, gracias á sus fieles servidores; pero lo perdió al poco tiempo á causa de su propia insensatez. De igual modo que se había rodeado Turanschah en 1250 de jóvenes favoritos, se rodeó tambien Assaid; amenazó y maltrató á los emires mas valientes y de mayores méritos, causando con esto una rebelion que le costó el trono en el año 1279 y poco despues la vida, pues segun todas las proba-

bilidades, no murió de muerte natural. En su lugar fué proclamado sultan su hermano Bedreddin Salamisch; pero como este no tenia mas de siete años, estuvo desde un principio su gobierno en manos de Kilawun, el mas notable de aquellos emires, el cual, ya en tiempo de Bibars, había sobresalido por su talento y buenos resultados alcanzados entre sus compañeros de armas, los oficiales mamelucos. Kilawun al principio, como administrador del imperio, se puso al frente del gobierno; pero pocos meses despues quiso gobernar por su propia cuenta y en su propio nombre; quitó de en medio al jóven sultan y fué reconocido en Egipto, mientras que en Siria otro emir, Sonkor Alaschkar, se levantó contra él como pretendiente. Los dos estuvieron en lucha durante el año 1280. Kilawun fué el mas fuerte y por esto Sonkor tuvo que reconocerle como señor. Pero los mogoles del Iran, llamados por Sonkor á su ayuda, avanzaron entre tanto á la Siria y asolaron toda la parte septentrional. Kilawun reunió todas sus fuerzas enfrente de sus enemigos, y venció á los mogoles y armenios aliados con ellos en una batalla sangrienta librada cerca de Hims, en el otoño de 1281, resultando de este hecho de armas, que ya el islamismo no tenia que temer por aquella parte en mucho tiempo.

Durante los años de 1277 á 1281 estuvieron, pues, los musulmanes completamente ocupados en sus luchas interiores y en la guerra contra los mogoles. Una nueva cruzada hubiera tenido en tales circunstancias algunas probabilidades de éxito; pero Europa, como ya hemos visto, no hizo mas tentativas serias por socorrer á los cristianos sirios, y estos mismos, siguiendo su antigua costumbre, se labraron su perdicion. En Tripoli estalló entonces una disputa peligrosa para el jóven Boemundo VII, á causa del gobierno de la tutela.

De una parte se hallaban la viuda de Boemundo VI, Sibila de Armenia, su confidente el obispo Bartolomé de Tortosa y los caballeros seculares de la pequeña comarca; de otra, sus adversarios, el obispo Guillermo de Tripoli, un noble romano que hasta entonces había gozado de grande influencia en el condado y proporcionado buenos puestos á muchos de sus compatriotas, y despues de él principalmente los templarios. El jóven Boemundo se puso de parte de su madre; pero maltrató al obispo Guillermo y á los templarios con escarnios y actos brutales. Los ofendidos quisieron vengarse, y al efecto se prepararon tres veces al ataque contra sus enemigos de Tripoli en union de un magnate vecino llamado Guido de Gibelet; pero estos ataques se frustraron, segun parece porque el tal Gibelet carecia de la energía necesaria para proceder sin miramientos. Al contrario, Boemundo sitió á Gibelet, tomó y saqueó la casa de los templarios de Tripoli, y permitió á un número dado de mahometanos que le habían prestado ayuda, que celebrasen sus funciones mahometanas en la casa de la Orden que fué saqueada. El escándalo general que produjeron estos excesos obligó á la Iglesia romana á lanzar la excomunion contra Boemundo VII, y á poner en entredicho á Tripoli; pero el jóven príncipe hizo poco caso de estas medidas; antes bien maltrató á personas eclesiásticas y no accedió sino mucho tiempo despues á una reconciliacion con sus adversarios.

No menos desconsoladora era la situacion en los restos del reino de Jerusalem. Desde la derrota de los partidarios de la casa de Suabia en Siria, se habían unido, como ya hemos visto, las coronas de Chipre y de Jerusalem, aunque todavía por mucho tiempo llevó el título de rey de Jerusalem la familia alemana imperial. Conrado IV, y tambien el jóven Conrado se llamaron reyes de Jerusalem; mientras que sus contemporáneos, el rey Enrique I de Chipre († 1253) y su hijo el rey Hugo († 1267) se llamaron únicamente señores ó regentes (Seigneurs) de Jerusalem. Con éste último,

(1) La predicacion de la cruzada se extendió entonces hasta Finlandia é Islandia, y aun hasta las colonias de Noruega, en las costas de la Groenlandia y el Labrador.